

san su tránsito á distancia; las partidas de mulas, los carneros y los soldados mantienen en perpétua inquietud la población.

En los mercados parece que las gentes riñen; ruega la india, invita como amenazante el ranchero, el varillero charla y arma plaza, el órgano congrega á los muchachos, y el cartelón de la esquina á los artesanos de poca fortuna, y á las garbanceras.

Allí los traficantes callejeros se sitúan én las esquinas, y no gritan, sino que hacen invitaciones á los que pasan.

Véanse canastos con frutas, y sobre perones y manzanas, piñas ó plátanos empapelados, fijado el precio de cada pieza.

Sobre un asiento de tijera descansa un cajoncillo con ramitos de flores ó con pasas, ó con cortaplumas y portamonedas, proclamadas por un italiano, aunque las frutas son el comercio principal de los compatriotas del Dante; otro cajoncito contiene juguetes ó candís (dulces) para los niños.

En la noche, en algunos puntos, á la luz de colosales teas, suele verse una gran caja dominada por una calavera: dice el rubro: "El mejor amolador de toda la ciudad! Remedio infalible para los callos."

Vése atravesar un hombre tirando de un carrito, sobre el que estriban dos morillos y un cordel, formando columpio entre unos cencerros. El conductor grita con voz desmayada: "*Wags, sochs, botls.*"

Es un recaudador de hilachas y botellas vacías, que no penetra á las casas, porque no hay ni zaguanes, ni patios, como ya tenemos dicho.

Entre los carros de verduras, pan, leche, naranjas y simples avisos, que se anuncian ó con campanas ó con roncacas

y disonantes trompetas, una vez llamó un carro mi atención.

Era un gran carro silencioso, tirado por cuatro caballos; el interior era un salón bien alfombrado, con un pequeño mostrador en uno de sus extremos, y botes, botellones y cajas de hoja de lata.

Al lado del mostrador, había un hombre venerable de larga barba, envuelto en una especie de sotana negra, con su bonete griego de terciopelo, sobre su reluciente calva.

Por fuera del carro había letreros en todas direcciones: *Dr. Kinswelbourg. Las universidades de Alemania y Paris. El gran confidente de los espíritus. El rival de Mesmer, en descubrimientos magnéticos. Naturalista, botánico. Enfermedades incurables. Raíces de Arabia para las lombrices. . . . Hiel de la serpiente. "Goatsichen" de Australia para las enfermedades del espíritu.*

El carruaje marchaba lentamente, y el mágico iba recibiendo consultas por medio de un intérprete que estaba en el pescante del carro, y expendiendo sus drogas: jamás ví un más estupendo charlatan en mi vida.

El *allegro* de las calles, es el muchacho vendedor de periódicos: pocas veces tiene más de doce años.

Cruza las calles dando carreras y saltos y gritando desahoradamente; descalzo, con los pantalones remangados hasta cerca de la rodilla, en mangas de camisa. Ese muchacho, con el cabello á la frente, y el sombrero, que es un muédano ó un remolino de arrugas, con afinidades con el trapo, fuma cigarro y bebe *wiskey*, se ingiere en la política y está al tanto de las peripecias mercantiles.

No siempre ese muchacho es un perdulario; mantiene al-

gunas veces su familia; jamás pide limosna ni estafa en sus tratos, y suele tener sus economías en la caja de ahorros.

Otro de los comercios callejeros es el de los que dan bola á las botas: los hay ambulantes, que con su cajita en una mano y el cepillo en la otra, interceptan el paso y obligan al transeunte á mantenerse equilibrado en un pié, mientras comunican lustre á su calzado, y los hay sedentarios, que poseen una especie de garita de tablas, con su empinado sillón, su espejo y sus periódicos.

Una vez paseaba con J. Alcalde: seguíamos con la vista un carruaje abierto, espléndido, en que dominaba una matrona lindísima, é iban entre las olas que formaban las pieles, sacando sus cabecitas rubias, unos niños como arcángeles.

Detúvose el carruaje frente á una de esas garitas, y la dama saludó afectuosa á uno de esos tiznados *boleadores*, que en mangas de camisa y con su pipa en la boca, subió al estribo del coche: los niños se abalanzaron á su cuello, pidiéndole (*five cents*), cinco centavos. Creimos que aquel era un criado.... Era el padre de aquella preciosa familia.

El boleador ha hecho en su pedestre oficio una fortuna de más de *doscientos mil pesos*, jugando al Stock; pero se honra con ejercer su profesion!!!

Además de los vendedores ambulantes que hemos mencionado, hay vendedores como los que propalan *naranjas de los Angeles* y otros, pero con un grito único, triste y desairado.

A estos californios á quienes nada distrae de su negocio; que tan guapos son en tierra como en la mar, y que así se encaraman aislados sobre una roca, sin más comunicacion que la de las aves y las nubes, como se sepultan en las entrañas de la tierra; estos californios, digo, son los chicos más bobos y los más afectos á las diversiones públicas.

Un vagamundo con su cilindro y su mono, una música de la murga en que rasca el arpa, chisporrotea un violín y una flauta asmática, destrozan al artista más pintado; unos perros sabios, un equilibrista, los sacan de quicio.

Y el mismo hombre que para no distraerse saca su navaja y desbasta un palito mientras hace un negocio, pierde horas enteras curioseando y sintiéndose el mortal más feliz.

No se puede fijar el número de salones de espectáculos, teatros, etc., porque estos caballeros, con el desplante mayor del mundo, y en ménos que canta un gallo, convierten un templo en salon de baile, y el salon, en dos por tres, en jardin, y el jardin en establo; pero todo en ménos de cuarenta y ocho horas: se quitan bancas y reclinatorios, y se cubre el suelo de césped, y se trasportan árboles; desaparecen los árboles, y se ven los pesebres y las jaulas de fieras.

Todo parece de armar y desarmar; todo parece de desenvolver; todo parece conducido en latas y en botes, desde el otro lado del mar.

Y para mí lo más singular era, que así como me parecia que para los diversos espectáculos se desempacaban las decoraciones adecuadas, así me parecia que venian en botes los actores, y ya devotos, ya bailarines flamantes, ya pescadores, y ya volatines y saltimbanquis.

En un principio, es decir, por los años de 1848 y 1849,

era el Circo la diversion favorita del público, sea por la clase de espectadores, sea porque realmente sobresalen estos hombres en tales ejercicios.

En estos espectáculos se lleva hasta la temeridad el arrojito; la agilidad solo reconoce igual en el peligro; se domina el imposible; se confunde el salto con el vuelo; el hombre parece que ha encarnado en gutta perca ó en budruz.

La mujer hace ostentacion del poema de sus formas: se enrosca, se hace fugaz como la brisa, palpita como la ola, se volatiliza como el éter. Y la cascada de cabellos rubios que flota á su espalda, y los ricos trages sembrados de estrellas, con voluptuosos flecos de oro y plata, y el columpiarse convirtiendo en verdad la fábula, y convirtiendo en palpable el ensueño, hacen el arrobamiento, la fascinacion, el éxtasis en lo sublime; y en lo plebeyo, las cosquillas, el calosfrio y el calambre. . . .

M. Rower fué quien primero dió asilo estable á los volatines en la calle de Montgomery.

M. Pipes y M. Masset, no sé cómo se apoderaron del único piano que habia en la ciudad (1849, hoy es incontable el número de pianos), y amenizaron la diversion con cantos y recitaciones.

Yendo y viniendo dias, pasaron por aquellos lugares unos cómicos ingleses, y ahí tienen vdes. que M. Rower los atrapa, y con el auxilio de aquellos hombres, se instala realmente el teatro.

—No conmigo, dicen los reyes del histrionismo, y una Compañía francesa de aficionados interpreta á Molier y á Sardou.

Brotaban por todas partes los teatros.

M. Backer salta á la palestra, y Mis Matilde Heron levanta el arte á una altura en que compite su teatro con los mejores de la Union Americana.

En 1869, el Teatro de California, cuyo costo fué 125,000 pesos, eclipsa todo lo que se conocia en materia de teatros.

Y por fin, el Teatro de la Opera, pone el sello á las aspiraciones de grandeza y elegancia de los californios.

El Gran Teatro se abrió en 17 de Junio de 1876: tiene 110 piés de largo, por 275 de alto.

Puede contener cómodamente, segun los inteligentes, más de cuatro mil personas.

La arquitectura exterior es de estilo romanescó é italiano: en las cornisas descansa suntuosa balconería, adornada de jarrones y estatuas. El corredor principal termina en un gran vestíbulo: en el centro del vestíbulo se ve una preciosa fuente de cristal, que en los dias de grandes funciones vierte agua de Colonia.

En la parte interior pudiera decirse que el lujo agotó sus tesoros y dijo su última palabra.

Al teatro que yo asistí mayor número de veces y con el que hice más amplio conocimiento, fué el Teatro de California.

El gran salon de este teatro forma perfecto semicírculo. El patio se divide en tres secciones, una en que está colocada la grande orquesta, cerca del proscenio, separada del público por un gran corredor de fierro: la segunda, las que llamamos nosotros lunetas, ó silloncitos de taflete ó terciopelo con asientos movibles, para facilitar los tránsitos; y la tercera, lo que conocemos por plateas, que son graderías de sillones.

Sobresaliendo de los palcos volados sobre la concurrencia del patio, se ve un corredor con sillones espléndidos.

No hay palcos á nuestra manera : son corredores con escaso número de columnas y con asientos siempre formando gradas, hasta la galería, en que las gradas se apiñan hasta tocar el techo, que es de una altura sorprendente.

Esta manera de construcción, tiene, por decirlo así, montada al aire la concurrencia, comunicándole singular animación, y completando su pompa, el lujo, la pedrería, las plumas y tocados de las damas, que ya hemos dicho que vulgarizan la magnificencia.

El techo del salón se hace admirar por sus adornos y bajo-relieves.

A los lados del palco escénico sobresalen gigantescas columnas, y entre ellas, altas puertas con profusos cortinajes de musolina, terciopelo y seda. Esos son palcos privados, generalmente ocupados por viajeros distinguidos, cortesanas deslumbradoras ó cortejos de las actrices, que en algunos teatros convierten en retretes de tertulia íntima sus palcos, y con la protección de las cortinas, se platica dulcemente y se toma Champaña helado.

En el centro del teatro, y suspendido del altísimo techo, se ve el candil, que tiene más de doscientas lámparas de gas y que inunda en torrentes de luz el salón.

El palco escénico es soberbio: forma su boca un arco inmenso que estriba en robustísimas columnas.

El telón es un cuadro de bastante mérito, que representa las caravanas de los primeros emigrantes, con mucha propiedad.

No hay concha, y en la representación aparecen los actores como hablando de su propia cosecha.

Al cambiarse la decoración, no se hace por medio de

telones, como nosotros; tiene unos rieles el piso, y por ellos, en dos secciones, corren las vistas, puestas en sus bastidores de tablas, con suma celeridad.

La escena se sirve con grande propiedad, y en punto á maquinaria, los teatros de California puede decirse que no reconocen rivales en los mismos Estados- Unidos.

Por meses enteros se está dando una misma representación, y hay actor que con la interpretación de uno ó dos papeles, haya hecho su fortuna.

Asistí, como digo, al Teatro de California, á la representación que se dió por meses enteros, de *La Vuelta al Mundo*.

Antes de entrar al salón hay un gran patio de mármol, en cuyo centro se admira una lindísima fuente.

En el mismo patio se recogen los boletos, se alquilan anteojos, se suelen vender las fotografías de los actores y actrices distinguidos, y sale á fumar la concurrencia en los entre actos.

Todas las puertas están forradas de valleta verde, giran para atrás y para adelante y no chocan ni producen jamás el más leve ruido; en ellas hay sus óvalos de cristales que permiten ver la representación.

*La Vuelta al Mundo* está tomada punto por punto de la novela de Julio Verne, que lleva ese título, sin más, que para comunicarle unidad é interés, se hace depender el éxito de la apuesta del inglés, de su matrimonio con una simpática muchacha, y que se hace uno de los personajes principales un yankee valiente y generoso.

Por supuesto, que en esa revista de todos los países; en esas campañas con los salvajes; en esos tránsitos de la loco-